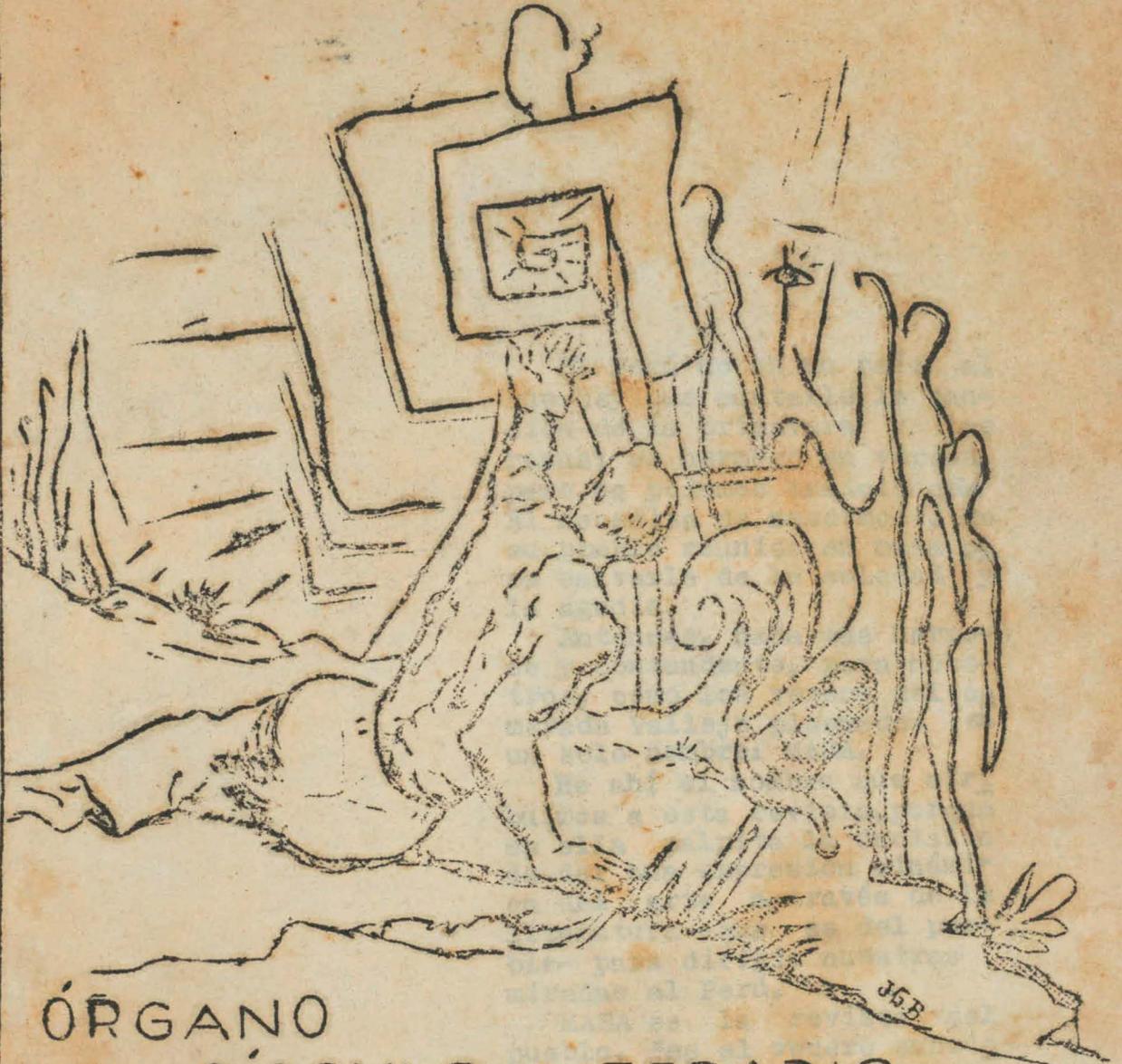


MASA

lyaeuho
N°6
Año: II



ÓRGANO
DEL CÍRCULO LITERARIO
JAVIER HERAUD

AGAM



Agam
N.º 8
Año II

ÓRGANO
DEL CÍRCULO LITERARIO
JAVIER HERRÁNDIZ

"Talvez no he dicho nada
acaso ya todo estaba dicho
pero seguiré echando mis palabras
al viento, seguiré arrojando
mis recuerdos al mar"

JAVIER HERAUD.

El Perú no es un país al que hay que cantarle la canción de la primavera y las rosas; es hermoso en verdad, pero no podemos traicionarlo. El necesita de nosotros, de su pueblo reunido en masa para salvarle de la soledad y la agonía.

Entonces, nada más hermoso y contundente, para nosotros, como los versos del camarada Vallejo plasmados en un solo nombre: MASA.

He ahí el nombre que atribuimos a esta revista, porque en ella palpita la decisión de dar una expresión dinámica del arte a través de la literatura -que es del pueblo- para dirigir nuestras miradas al Perú.

MASA es la revista del pueblo, "es el vocero emocional de su país y de su clase; es su oído, sus ojos y su corazón. Es la voz de su época"

EL FIN DE UN
LUCHADOR

Una débil claridad ha invadido la calle deformando la figura de los objetos. Muchos individuos caminan por las aceras. Usan vestidos oscuros y desproporcionados.

La calle, que se prolonga en forma curva, termina al pie de un alto y macizo muro. Al otro lado de éste, hay aplausos, gritos, risas. Ese bullicio no llega a los transeúntes que caminan en medio del silencio. Cuando arriban al final de la calle y se encuentran frente al muro, retornan con pasos cansados como si cargaran pesados bultos invisibles. Las horas se hacen largas. Andrés se siente abrumado; pero, él sólo observa ese desplazamiento desde la ventana de su habitación en el segundo piso de una casa antigua.

De pronto, el silencio se convierte en un gran bullicio. Los transeúntes hablan a voz alta. Discuten. Se insultan. Cantan mientras caminan haciendo ruido con sus pasos. Es como si, de un momento a otro, hubieran despertado. Más allá de todo eso, una orquesta típica ha empezado a hacer sonar sus instrumentos.

Andrés se da cuenta que no le es posible permanecer donde está. Cierra la ventana y sale a la calle.

Tiene bastante sueño y todo lo ve borroso, remoto.

Se dirige a una calleja semioscura de donde le parece que llega la música de la orquesta. La calleja conduce a la parte alta del barrio. Camina despacio y a su paso encuentra hombres, vestidos con ponchos y pantalones oscuros de lana, tirados sobre el empedrado o caminando con sus piernas que se niegan a sostenerlos. Más arriba, algunos cantan con una voz desarticulada; otros conversan consigo mismo. Hacia los rincones, sentadas y envueltas en sus mantas de colores, unas mujeres duermen o mastican hojas de coca.

Ha llegado a una plaza a la que la luna redonda, blanca proyecta sombras alargadas y muy negras. En el centro de ella, varios indígenas bailan haciendo círculo, mientras que otros los observan desde las cercanías.

Andrés camina ahora por un sendero oscuro y no demora en salir del poblado. Habiendo llegado a una colina, al costado oriental del barrio, mira al fondo. El pueblo grande, su pueblo natal, está llena de luces blancas.

Por:

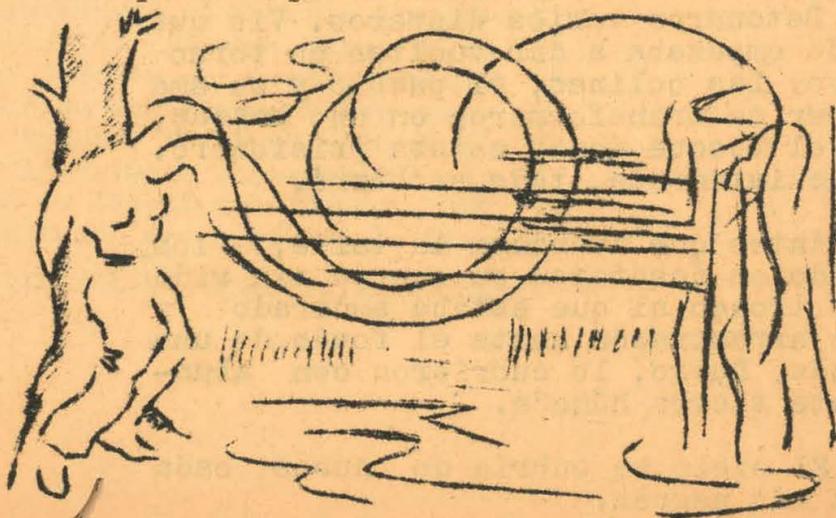
C. T. CASABONA

En el horizonte, el cielo extiende sus banderas rojas.

Poco a poco, se va disipando todo cuanto tiene a su alrededor y surge, con el detonar de disparos, el recuerdo del combate último que hubo entre las fuerzas del gobierno y ellos. El tiroteo se había extendido a través del bosque y no sabe cuánto tiempo ha durado. Cuando recuperó el conocimiento, se hallaba prisionero junto con un compañero suyo. Desde entonces, los golpes que caían sobre ellos, los hierros candentes que llagaban su rostro y su cuerpo, parecían truncarles la juventud. Varias veces habían quedado petrificados y otras tantas se negaron a sucumbir. Finalmente, cuando su compañero se quedó inerte, Andrés se halló atado al tronco de un árbol. Allí, al parecer, terminaba todo para él; pero, se sentía satisfecho, porque había luchado con coraje y obtuvo rotundos triunfos en sus correrías por la sierra, por la selva. Nada lo hizo retroceder ni la caída de sus compañeros que, bañados en torrentes de agua roja, dejaban volar sus miradas.

Andrés sabe lo que le va a suceder; más eso no le preocupa. Vuelve a mirar el amanecer. Se convence, una vez más, que pronto cambiará todo.

En las callejas y en la plaza, continúan los indígenas tirados, abandonados. No dejan de cantar ni de narrar sus nostalgias. El viento helado arrastra esas voces de ebrios o de moribundos, mientras que la música se propala cargada de recuerdos, de desesperanzas. Andrés ya no siente incomodidad al escucharlos, porque sabe que, delante de él, se abre un mundo nuevo, el mundo que siempre ha deseado. Tiene locos



deseos de vivir, de caminar entre los árboles, entre la gente; de descansar sobre la grama de los campos; de perderse por las colinas y gozar de aquella mañana por la que ha sacrificado sus años tiernos. Brillan sus ojos quiere gritar, reír.

Recuerda a sus amigos, a sus camaradas. Siente deseos de cantar aquel himno que le enseñaron allá abajo, en el pueblo, y canta con una voz que llena el ámbito:

.....

UNA MAÑANA, DE SOL RADIANTE;
TENDRE EN MIS MANOS AL OPRESOR.

con pasos ágiles empieza a descender por la ladera. Ansía estar en aquel mundo de luces blancas desde donde le llegan griterías, risas, repicar de campanas; nochebuenas. Nunca sintió su cuerpo tan liviano ni su voz tan retumbante.

Una voz filuda, súbitamente, corta el amanecer. Andrés no deja de cantar. Extiende sus brazos hacia el alba y lo siente tan cerca de aquél que parecen dos rayos más que apresuran la llegada de la claridad.

.....

UNA MAÑANA, DE SOL RADIANTE;
TENDRE EN MIS MANOS AL OPRESOR.

Detonaron varios disparos. Vio que todo empezaba a dar vueltas en torno suyo. Las colinas, el pueblo y su amanecer se transformaron en un bosque, en el bosque donde estaba prisionero. Inmediatamente, todo se borró.

Antes que avanzara la tarde, los soldados desataron su cuerpo sin vida del tronco al que estaba amarrado y lo arrastraron hasta el fondo de una zanja. Luego, lo cubrieron con abundante tierra húmeda.

El cielo se cubría de nubes cada vez más negras.

XX

POESIA JOVEN DE AYACUCHO

MARCIAL MOLINA RICHTER: Nació en Ayacucho, en 1946. Es miembro del Círculo Literario Javier Heraud y estudiante de la Universidad de Huamanga. Tiene poemas dispersos publicados en esta revista. Participó en la Delegación de Ayacucho que se hizo presente en la Primera Convención Nacional de Escritores Jóvenes del Perú 1966.

HECTOR GARCIA-BLASQUEZ BEDOYA: Nació en la ciudad de Ayacucho en 1942. Estudiante universitario y miembro del Círculo Literario Javier Heraud. Es autor de dos libros inéditos de poemas: "Despertar" y "El incendio de la sombra"

TEODOSIO OLARTE ESPINOSA: Nació en Ayacucho, en 1946. Estudia en la Universidad de Huamanga y pertenece al Círculo Literario Javier Heraud. Tiene un libro inédito de poemas: "Interjección del tiempo"; últimamente prepara "Cíncel". Participó en la Primera Convención Nacional de Escritores Jóvenes 1966 realizado en la ciudad de Lima.

XX

MULTITUD CANSADA

Cansada está la
tarde, de esta
temprana primavera.
Caminamos por
nuestras sombras y
hemos vuelto a
la misma historia:
La lucha para
seguir viviendo,
con los estómagos
año tras año más estrechos.

Cansada está la
tarde y cansados
nuestros brazos de
tanto llenar el oro al
país de la Casa Blanca.

Cansadas están las
rodillas, de
tanto doblarlas
ante los
dioses tallados.

Cansados están los
hijos
y
cansados estamos nosotros
de seguir
empeñando
la faz apacible
a los grandes.

MARCIAL MOLINA RICHTER.

NO EN VANO MURIERON

La paz dormida
del otoño, con
nuestro canto envejecido en
el sueño,
perderá las notas dejadas de
nuestra única sombra
y de nuestra única palabra.
Llegarán
ya las voces,
de quienes no en vano murieron y
nada temeremos entonces:
Nuestros perros, hartos ya
de huesos, saldrán a
morder y
nuestros hijos,
siempre cogidos del
alma, saldrán a dar
sus pechos
como escudos contra el
odio...

Después, acaso
ya muertos,
naceremos a
la tierra
por una
luz
y
nuestros suelos, al
beber un nuevo río
incansablemente
crecerán
y
nuestra luna, al
perder su
otra cara
brillará
eternamente
y
nuestros hijos, al
ser llamados por
los hombres,
serán
fuertes
cada
vez
cada
vez...

MARCIAL MOLINA RICHTER

EL CONSTRUCTOR

Sin saber cuándo hirieron
los hombres mis retinas infantiles,
comprendo
que soy la casa
derruida de mi patria.

Encorvado y siempre con mi pala,
entre el barro, el hierro y la madera,
comprendo
que soy el germen
que gesta las tinieblas
de diáfanas mañanas
revestidas de tiempo y de chiquillos.

Pero no siempre el badilejo
es el horizonte de la alegría
que se extiende
como sauces en la montaña;
no siempre mis brazos abiertos serán
floreros de maldad.
Construiré en la cúspide de la muerte
una casa de puro corazón:
¡Estrado que dé cara
al sol de la verdad!

J. H. García-Blásquez B.

VENID TODOS A LOS QUE SIEMPRE LLAMO

Todos a los que llamé ayer
enguantados en la sombra
han quedado, entre las yerbas, hondo
derrumbados: el pasador de sus ojos
se arrancaron en el atardecer,
el vibrante fluir de las flores
marchitaron, quemadas, en sus bocas.

(Sus esqueletos de polvo
no alcanzaron al ocio ni podían
cubrir con sólo hojas de cactus
las huellas extranjeras, enormes
que descendieron del barro)

Todos a los que llamé ayer
sólo saben contar las horas
de César o de Javier
y se hinchan
matándome
amándome
redimiéndome en cada aguja
que marca el día,
en cada patio sin nombre.

¡Venid todos a los que siempre llamo,
ajeno sean nuestros labios
secando el frío pozo de las canciones
nunca nuestras!

P O E M A S

LOS PRECURSORES

D E

Los que para cultivar
y cosechar las flores
entregamos nuestras vidas
en cada palabra
en cada gota de nuestros actos,
henos aquí deslizarnos
dulcemente entre los hombres.

Comprendemos
que somos apenas
la gota imperceptible
de esta bulliciosa tormenta.

Pero se preguntarán
como nosotros lo haremos cantando:

A dónde irán las aguas
en su desliz gigantezco
en su desliz musical.

LA CASA Y LOS MONSTRUOS

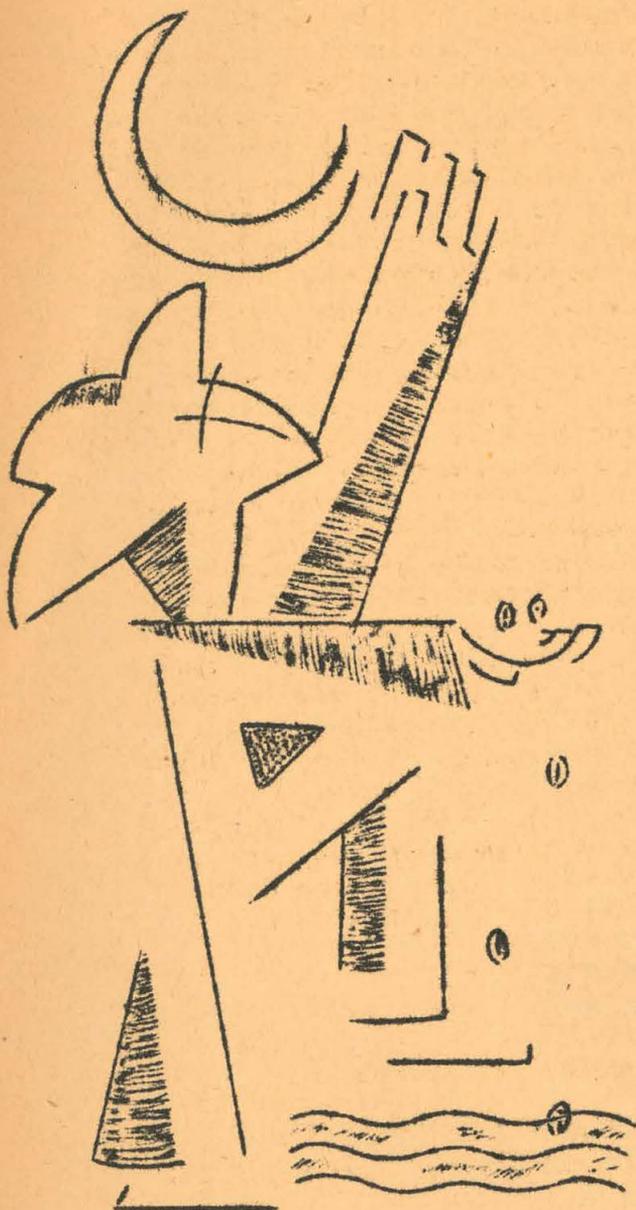
Nos condenarán
por abrir esas ventanas,
hasta quemarnos los ojos. Nunca
el corazón.

Es decir
nos matarán por invitar
a la luz
a recostarse en este patio
tantas veces humedecido
por el meo extranjero.

En este macabro castillo
es costumbre asesinar
a quienes gustan limpiar
las telarañas.

Aun así cantaremos
la canción anticipada de nuestros hijos:

No todo ha sido consumado
el pueblo nunca expira. *ore.*
Una muerte es cien vidas
y cien vidas doscientos brazos,
todo se multiplica.
La luz es fuerte, la luz es fértil
todo lo multiplica



T. OLARTE E.

El hijo de la Feria

Habían pasado tres largos días desde que ingresó al pestilente lugar. Al segundo, un joven estudiante que le había hablado de cosas que no entendía (salarios justos, explotación, seguro, etc.) al salir para la cárcel, le dejó algunos panes. La noche anterior, a medianoche, lo habían sacado. Cuando volvió lo llevaron cargado. Tenía morado el cuerpo y húmeda sus ropas. Era universitario, le había contado, lo agarraron en una manifestación cuando hablaba en favor de los nobres. Lo mandarían a la cárcel por no mencionar nombres, sitios, misiones. Pero, él no comprendía. Sólo tenía hambre. Ahora, recién un pan duro se perdía ansioso entre sus dientes picados. Su estómago e intestinos se retorcieron de alegría. Tres días de hambre serían engañados con ese pan. En tanto, en sus ojos rasgados, un paisaje de árboles, cerros, maizales, ichus, revoloteaban sus sombras; en sus labios, que ya no sabían sonreír, descansaba un gesto duro; en su cabeza, de melena crecida, negros bichos saciaban su sed de sangre; su camisa, gruesa de parches e hilachas y sus pantalones rotos, ocultaban avergonzados un cuerpo amarillo, flaco, de veinte mugrientos años que gritaban su juventud en ruinas desde el más negro de los rincones.

No le interesó, no le había interesado nunca las horas y los días. No conocía del mañana pero vivía prendido de su hoy: inquieto, sobre-cogido. No dudaba de su existencia: sus días hambrientos le recordaban siempre; los restaurantes del mercado con sus sobras en el plato y las mesas le hacían vivir. Los platos por lavar a cambio de un pucho de comida, todo, todo, le recordaban que vivía, que moría. Había perdido el miedo a la muerte y el amor al prójimo. El pueblo, la ciudad le había hecho mucho daño. Nadie le tendió la mano ni a él, ni a su fe.

-
- ¿ Robaste ?
 - ¡Si, papacito! (Yo no, mi hambre)
 - ¡Ajá! ¿Le pegaste y le robaste?
 - ¡S-i, papacito! (yo no, papay, mi hambre, mi desesperación.
 - ¡¡¡ V A G O !!!
 - ¡Nuhay trabajo papay, no quieren dar pues!
 - ¡¡¡ F A L S O !!!, cholo ocioso- y un tufo entre chicha y trago barato inunda el Despacho -¡Lo que pasa es que te gusta vagar, robar. Todos son así, cholos sucios. Al calabozo carajo! ¡¡¡C A B A A O !!!

Y a no escuchó las últimas palabras. En el frío despacho de la Comisaría, parado, tem -

Jose A. Sulca

blando de frío y miedo, vio sin saber si en las telarañas del techo, su nonchito vicuña, sus ojotitas, canchitas y motes con carifios, el calor de su choza india de sabor a ovejas y gallinas. El recuerdo le hizo transpirar. Rebeldes, las imágenes niñas permanecían agazapados en un lugar de su mente. Cerró los párpados... un rojo ardiente los inundó de fuego. Nuevamente ya, en el rincón de sombras frías, se abrigó con periódicos viejos y húmedos que otros presos dejaren. Estaba débil, no quisieron mandarlo a la cárcel. Esperarían otra ocasión.

.....

Aquel pueblito era tranquilo y muy religioso. El cura celebraba la misa todos los domingos y se acostaba todas las noches con las cholitas de su preferencia. Era la costumbre decían. Los principales ya no vivían allí. Trabajaban mucho y bien sus peones que les permitieron casas y lujos en Lima. Sólo capataces y mayordomos eran los amos. También a ellos les gustaban las cholitas tier-nas y más de una vez habían pleitos con el cura. Pero era un pueblo católico. Se sembraban las tierras de las cofradías y por turno los comunes tenían que ser mayordomos de la fiesta de la "Virgencita Patrona del Pueblo" y aunque ella no supiera comer, había que llenar las despensas parroquiales, sino el infierno estaría seguro, no habrían misas para los difuntitos, ni bautismos para los ahijados, ni nada. Había que estar bueno con el cura. No vaya a ser que Diosito se moleste, y no mande lluvia y venga la hambruna y venga la peste y había que comer raíces, ya había que coger tunas, muelle. No. No podía molestar a la Virgencita, había que ir a misa, con flores para los santitos, para patrón Santiago, para Virgen del Carmen, para altar mayor. Eran católicos.

Con su placita de eucalipto al medio, su iglesia hecha por los hijos del pueblo, su cabildo con pretensión de dos pisos, las dos tiendas en las esquinas de la plaza, sus callecitas más angostas y con más perros y chanchos que hombres, ese pueblito vivía feliz. Sus gentes lo querían. Era su pueblo. No había otro mejor.

Pero cuando la carretera llegó, junto con los ómnibus y camiones también llegaron los cholos de cigarro rubio en la boca y bolsillos llenos de dinero ahorrado con hambre, y serranas de seda y taca, choferes y soldados. La ciudad se estiró: un tanto: más tiendas y casas aparecieron. Hasta se inauguró un "hotel". El trago y la coca circularon más. los trueques de huevos y gallinas con fideos, azúcar y panes menudearon. Los del lugar se emborrachaban más, de contento y de trago. Sólo el Cura mostraba su impaciencia. Tenía ahora serios rivales en los choferes y soldados que acaparaban a las jovencitas. Se señaló el jueves, en acuerdo con el empresario de ómnibus y el alcalde, para la feria. Noches borrachas y días de explo-

tación se ocultaron desde entonces en forma de comercio semanal.

Jacinta era una cholita del pueblo. Vecino, de ojos sarcos y anchas cejas, senos altivos y boca sensual. La única que no visitó la casa parroquial. Protestante el padre se enfrentó al Cura más de una vez.

Un jueves de esos, Jacinta, fue llamada por la feria. Se acercaba carnaval y necesitaba una pollera roja. Lejitos su pueblo, hizo levantarla temprano. Al llegar al pueblo era oscura la noche aún. Los carros enlonados dormían en la plaza y cerca, en los tiendas, hombres y mujeres por los suelos, su borrachera.

Cerca a la iglesia vivía una familia y allí se dirigió, pero, antes de darse cuenta, se sintió atraída con fuerza y tumbada en el suelo; varias manos fuertes sujetaron sus brazos y piernas mientras que otro, con trazo húmedo en cañazo, cerraba sus gritos; otra mano húmeda hurgó sus intimidades, otra rompió su chaqueta: desafiaron sus senos; otra subió su pollera... y sintió desgarrarse sus entrañas. Perdido su grito, callado su dolor, sintió olor a vómito, a gasolina, a trago... a muerte...

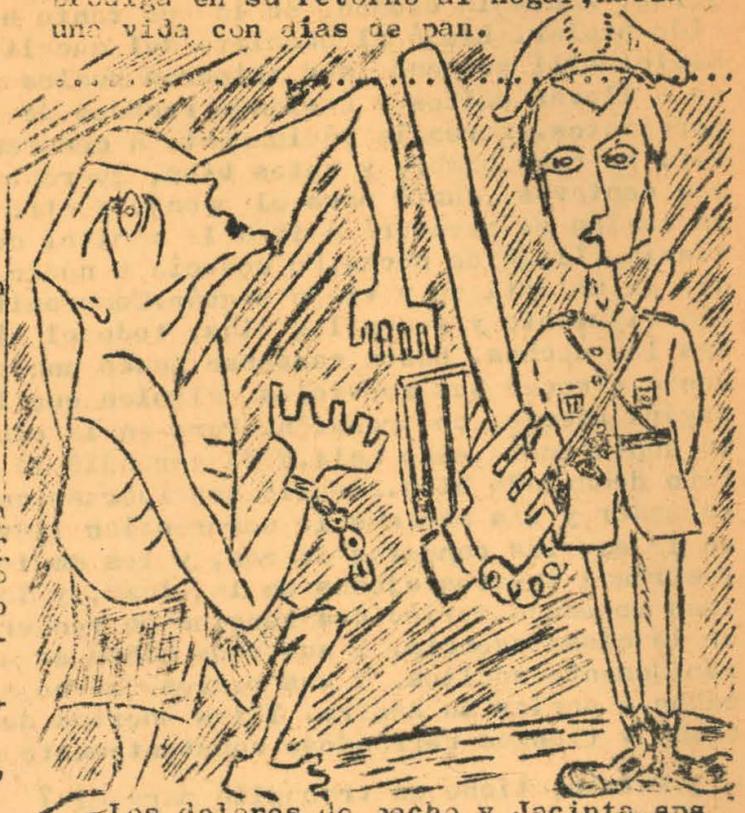
Cuando volvió en sí tenían sus muslos huellas de su virginidad profanada. Un peso de culpa grosera pobló sus ojos. Se levantó, miró: nada, nadie. Sólo llantas camioneras guardaban silencio cómplice. No era la primera vez que presenciaban una cholita violada. Adolorida, con su leve cojera, con la boca de sangre por mor dizco salvaje, arrastró su humillación hasta el cercano río: cristalinas aguas limpiaron su honor escarnecido. Lloró, lloró mucho. Algo en ella había cambiado. Se puso de pie, miró al pueblo y a la feria que despertaban y empezó a caminar hacia su pueblo. Ya no quería comprar la pollera roja.

.....

En su casa, meses después, no pudo ocultar su secreto a la mirada severa del padre. Negó al principio, aceptó después ante la evidencia de su hinchada barriga. Le negó el padre; su madre le quiso más. Pero tuvo que abandonar la choza: orgullo inca de padre indio.

Fue en la choza de su abuela, ni cerca ni lejos, que esperó el día. Allí en una chocita más pobre que la de sus padres, en un ato, nació el hijo de la feria. Allí creció Pedro, entre las cari-

ricias abuelas y los cuidados de su madre joven. Pero allí, también, a ambos les halló el perdón paterno y allí lágrimas ancianas despidieron a la hija prodiga en su retorno al hogar, hacia una vida con días de pan.



Los dolores de pecho y Jacinta, apaciguados poco después de aquel jueves, aumentaron. Calenturas y pesadillas golpeaban constantemente sus sueños. No dijo nada a sus padres. No quería preocuparlos. Ya le pasaría. Al año de su alumbramiento un hilo de sangre coloreaba su esputo. Pero el clima del pueblo era bueno. Cuando Pedro estaba por los siete un hilo de esputo coloreaba su sangre.

Una tarde, mientras sus ojos acariciaban al hijo que jugaba con las herramientas, la muerte visitó a Jacinta. En vano sus manos intentaron llegar a Pedro: un acceso sangriento ahogó su cariño en los labios, de sus ojos morosos brotaron calladas lágrimas. Aunque quiso no pudo gritar, pedir ayuda. Comprendió que sería inútil. Ni el cerro, ni el río podrían ayudarla. Cuando Pedro, aún sin comprender, lloró y lloró, ya Jacinta era cadáver. La noche y el amanecer encontrarían llorando a Pedro, allá en la chacra del maíz, donde con su madre acostumbraban ir a cuidar. Allí, también se le secarían las lágrimas por siempre y una soledad amarga sería su nueva compañera.



D
E

M
A
O

T
S
E

T
U
N
G

MAO-TSE-TUNG:

(Hsiang-Tang, 1893 - Pekín, 19...)
Jefe máximo de la China Socialista. No sólo es el político revolucionario muy discutido de nuestra época, sino, también, uno de los poetas más representativos de su patria.

Mao-Tse-Tung se inició en la poesía desde su juventud; en la Revolución China escribía durante las batallas; actualmente sigue escribiendo versos, aportando, de esta manera, un sentido estético a su concepción de conducir y gobernar a los hombres.

Los poemas que a continuación damos a conocer, de la traducción hecha por Luis Enrique Délano, presentan un sentido heroico propio de su doctrina.

A LA CORDILLERA DE KUNLUN

Irguiéndote en el aire, recta sobre la tierra,
Gran Cordillera, presenciaste
los pasos más hermosos del hombre sobre el mundo.
Cuando tus tres millones de dragones de jade blanco vuelan,
el aire paralizan con penetrante frío. Al fundirse en verano,
tus torrentes rebalsan los ríos hasta el borde
convirtiendo a los hombres en peces y tortugas.
¿Quién podría juzgar todo el bien, todo el mal
que en millares de otoños provocaste?
¡Pero hoy, Kunlun, te digo que no requieres tanta
estatura, ni necesitas tanta nieve!
Si pudiera apoyar mi pie en el cielo, sacaría la espada
para cortarte en tres pedazos:
uno enviaría a Europa,
otro a la América
y aquí en China dejaría el tercero.
De este modo la paz reinaría en la tierra
al compartir los hombres tu calor y tu frío.

LA GRAN MARCHA

El Ejército Rojo no teme a la prueba de una larga marcha,
mil montañas y diez mil ríos para él no significan nada.
Para él; las Cinco Cordilleras ondulan como livianas olas
y los picos de la montaña de Wumen ruedan como bolas de barro.
Tibios son los acantilados que perforan la niebla, lavados
por el río Arenas de Oro,
frías son las cadenas de hierro que atraviesan el Dadu.
Feliz está el Ejército de ver las nieves infinitas de Minshan
y cuando las cruzamos, una sonrisa nace en cada rostro.

MONTE LIUPAN

Cielo elevado, blanquecinas nubes,
se esfuma al sur el vuelo de los gansos silvestres.
Contamos con los dedos los veinticinco mil LI
(recorridos:
¡si no llegamos a la Gran Muralla es que no somos
(héroes!

Flamean en la cumbre del Liupan
nuestras banderas, en las manos del viento del
(oeste.

Ahora que tenemos asida la gran cuerda
¿cuándo vamos a echar el lazo al Dragón Gris?

DAPODI

Rojo, naranja, azul, añil, violeta, verd
(y amarillo
¿quién en el cielo danza ondulando esta
(cinta de colores
El sol poniente a vuelto, tras la lluvia
y se tornan azules a trechos las colinas

Hubo aquí en el pasado
un furioso combate. Los impactos
de las balas señalan los muros de la
(aldea.
¡Muros condecorados! Las colinas parecen
(hoy más bellas

DIA DE AÑO NUEVO

¡Ninghua! ¡Chingliu! ¡Gúihua!
¡Un paso estrecho, espesos bosques, musgo
(resbaladizo!
¿Hacia dónde saltaremos ahora?
Recto hacia el pie de la montaña Wuyi.
En la montaña, al pie de la montaña,
desplegarán los vientos, como un cuadro,
nuestra bandera roja.

Historia de Forastero

(Fragmento)

Por: ANDRES E. MALDONADO H..

Y eran, únicamente, a nuestro paso, molles y tunas y cabuyas y la carretera serpentina sobre el suelo, bajo el sol del atardecer.

-¡Marta! -dije, y ella miraba los algodones de nubes.

-¡Hasta cuándo Marta! -dije, y ella, con sus ojos, pareció encarecerme silencio.

Veníamos desde Huaripampa, al norte -donde sólo habíamos perdido algún poco de suerte-, y nos veníamos así, solos, y con la ilusión de nuestra suerte en las alforjas, hacia cualquier lugar. En el sur: quizás Ichu, quizás Cbīma, quizás Huata. Cualquier lugar donde haya un sitio para ambos.

Ahora estábamos allí, atardeciendo con el sol, bajo el viento frío, y con el canto de los saltamontes y las pacas pacas, a la vera del camino.

Y el sol que se perdía y el camino y el paisaje que también se perdía, hacían de nuestros cuerpos figurines o recortes o pedazos de semisombras en descanso y en silencio.

-¡Marta! -dije, y ella miraba el cielo.

-¡Marta! -dije, y ella no dijo nada. No hizo nada. Ni miró el camino largo y los cactus y las piedras y los pastos que nos hacían compañía. Sólo no dijo nada.

Dicen así: los caminos también tienen sus traiciones.

Somos Huaripampeanos. Los dos.

Conocí sus ojos y su cuerpo y su sonrisa a la orilla del río, en Huaripampa. La encontré lavando ropa; -quizás de ella, quizás de su patrón- las golpeaba sobre una piedra redonda y las sumergía en el agua cristalina. Así estaba, en ese plan, cuando pasé por ahí. Arranqué una flor y se la arrojé. Me miró y me torció los ojos. Yo bajé hasta su lado y quiso decir: "corazón". Pero no. Ella me sonrió. Entonces le ayudé a lavar todos los días.

Hasta que nos descubrieron.

-El Francisco con la Martina- decía la gente.

(Martina la llamaban, pero a mí más me gusta: Marta)

-¿La Martina?

-La Martina pues -contestaban- ya está pues maltoncita- y yo me hacía el sor-do.

Pero en el fondo me gustaba que hablen.

No nos casanos. A pesar de las protestas del cura y del alcalde (el patrón de la Marta) y del sacristán y de las viejas del pueblo (entre ellas la Justa, madre de la Marta), nos vivimos nomás.

-Condenados, anancebados despreciables- decía el cura al vernos pasar.

Don Anselmo Núñez, el alcalde, ya me había advertido:

-Tienen que casarse o sino la Martina no podrá vivir contigo- Y yo me había que dado pensandó. ¿Por qué nos obligan? Sí es nuestra vida. Nuestra. ¿Por qué se me ten? Acaso al alcalde lo casan con las chicas que se vive cuando su mujer no está en el pueblo. Acaso al cura lo obligan a casarse también. Acaso. Por qué, pues.

Y la Justa nos dijo:

-No vayan contra la costumbre, cásense nomás.

Y doña Angela (la patrona de la Marta):

-Si no lo hacen todo el pueblo los va a mirar mal, háganlo de una vez.

Y nosotros no quisimos. Nos quedamos andando por el pueblo sin casarnos. Porque decíamos: No hay razón. Nadie se pue

de meter así por así. Nadie nos puede obligar así por así. Por qué, pues. Y no quisimos.

Y, como dijo doña Angela, el pueblo nos empezó a mirar mal:

-Se condenarán, como dice el padre.

Hasta los hombres que al comienzo no hablaban, empezaron:

-Verdadero será, no quieren los sacramentos.

-No siguen la costumbre, como si fueran extraños- decían.

Y fue que nos empezó a faltar primero la mistad, y luego la comida y la libertad, y cada vez nos miraban como si fueran a escupirnos en la cara.

Y fue tanto que nos hastiamos y nos pesamos de haber vivido allí.

Y una noche salimos de Huaripampa: huyendo, corriendo, como de un infierno.

Serían las doce: antes de que cante el gallo. Fui hasta su ventana y llamé:

-¡Marta!

Ella se asomó a la ventana. Vi su rostro, la sombra de su rostro, detrás de los cristales. Abrió la ventana.

-Francisco, que haces aquí- me dijo.

Y yo le dije:

-Nos vamos, Marta, ya estoy cansado de esto.

-Pero mi madre qué dirá- me dijo.

Y yo:

-Olvidate de tu madre, vámonos.

Y ella:

-No, Francisco, mejor aguantamos un tiempo, a lo mejor se olvidan.

-No. Nos vamos, Marta, y sal pronto que todavía está oscuro.

Se quedó callada.

Me acerqué a la ventana. Hacía frío, y el viento era helado y ligero.

-Sal -le repetí.

Entonces vi que se vestía en la sombra del cuarto oscuro.

Al rato salió con un abito de ropa a la espalda.

-Vamos -le dije, y ella no dijo nada. Me siguió.

Nos fuimos a la luz de la luna, y mirando al horizonte oscuro y a la noche, como contando las estrellas.

PRESENCIA de GUSTAVO VALCARCEL

Por J. Barquero

Nos honramos en presentar esta noche a un gran poeta revolucionario, cuyo nombre está registrado ya en la conciencia del pueblo peruano. En efecto, Gustavo Valcárcel es actor no solamente de la historia de la poesía y de la literatura, sino también de la historia de las grandes luchas sociales y políticas del país.

No vamos a descubrir, pues, a Gustavo Valcárcel. Vamos a recontar, más bien, algunos datos y recordar algunas ideas.

Gustavo Valcárcel nació en Arequipa el 17 de diciembre de 1921. Realizó estudios en las Facultades de Ciencias y Letras de la Universidad de San

Marcos, estudios que no llegó a concluir por los diversos avatares y peripecias que tuvo que sufrir.

En 1947 obtuvo el Primer Premio, en los Juegos Florales Universitarios, con su poemario "Extensión y deleite de la tortura", y, 1948, el Premio Nacional de Poesía del Perú, con el libro titulado Confín del tiempo y de la rosa.

Alrededor de 1950, fundó la revista Idea que, con Centau
ro, dirigida por Sara María Larrabure, estuvo orientada hacia las nuevas corrientes estéticas. La actividad literaria no le im
pidió, sin embargo, seguir lu-
chando contra la tiranía imperan

te. Recordamos cómo las manifestaciones y huelgas estudiantiles eran, por entonces, inmediatamente ligadas al nombre del poeta, el cual se pronunciaba con mucha reserva y sobresalto.

A principios de 1951, el régimen de Odría lo desterró a México. Valcárcel tuvo que salir intempestivamente, acompañado de su esposa Violeta y de sus cuatro menores hijos (el mayor de cinco años, el menor de cinco meses). En alguna parte, ha referido el poeta, cómo, al llegar a México, solamente poseía cuatro dólares. Tuvo, por eso, que dedicarse a diversos oficios, para poder conseguir el sustento de su hogar, hasta que, a fines de ese año, la conocida editorial Cuadernos Americanos, que dirige Jesús Silva Herzog, publicó su novela La Prisión (1951), la cual tuvo de inmediato una gran resonancia y, desde luego, una gran venta, permitiéndole un cierto desahogo económico.

La novela - denuncia amarga, terrible y aterradora, de las prisiones y torturas del régimen de Odría, documento acusatorio escrito con tinta de sangre, más descarnado y brutal que los muchos libros escritos sobre las prisiones - fue casi

desconocida en el Perú, hasta su reedición en Lima, el año 1960, pues se prohibió su ingreso al país. No obstante ello, pudieron llegar algunos ejemplares que circularon en forma sigilosa y reservada: nosotros la leímos en un ejemplar del poeta y profesor Manuel Moreno-Jimeno.

En el país azteca, Valcárcel se colocó rápidamente en el primer plano de las letras y de la cultura. Comenzó a colaborar en las principales revistas de ese país y del continente. Asumió, así, la jefatura de redacción de la revista Espacios, primero, y, luego, de Arte vivo mexicano. Después, fundó Poesía de América, una de las revistas de poesía más prestigiosas, en aquellos días. Por otra parte, dio a luz sus libros Poemas del destierro (1956) y Cantos del amor terrestre (1957). Editó una Antología de César Vallejo (1954), cuya selección y prólogo hizo el mismo. Y se trasladó, por un tiempo, a Guatemala, donde fundó la revista Horizonte.

México, no solamente le abrió las puertas a un mundo cultural más amplio y rico, a un mundo de famosos escritores y artistas, como Alfonso Reyes, José Mancisidor, Diego Rivera, Alfaro Siqueiros, etc., sino, ade

más le descubrió los horizontes más vastos y luminosos del materialismo dialéctico. Porque, hasta entonces, Valcárcel habíase movido, políticamente, bajo la misma confusa y engañosa ideología con la que se iniciaron muchos intelectuales peruanos hasta la década del 40.

Cuando presionado por las grandes masas populares, en 1955, el régimen de Odría se viera obligado a convocar a elecciones y permitir el regreso de los escritores desterrados, a algunos de ellos, como Gustavo Valcárcel, se les impidió reincorporarse a su patria. El poeta tenía a su madre enferma en Lima y solicitó una y otra vez permiso para viajar al Perú, sin conseguirlo. Fue entonces que, en nombre de los escritores y artistas mexicanos, Alfonso Reyes y Diego Rivera, gestionaron ante Manuel Prado, el nuevo presidente, otorgamiento de visa para el escritor peruano.

Es así como Gustavo Valcárcel, en diciembre de 1956, retornó al Perú, donde le esperaban ansiosamente las juventudes. A los pocos días de su llegada, las Federaciones de Estudiantes, las Universidades y las diversas instituciones cul-

turales de la capital y de las provincias, lo llamaron a dar lecturas de poesía y a dictar conferencias. En el Salón de Grados de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, se realizó uno de los primeros y apoteósicos recitales. Después, estuvo en Huancayo, en Arequipa, en Cuzco y en otras ciudades, acompañado ya de los poetas Alejandro Romualdo y Gonzalo Rose.

En el Perú continuó realizando una labor múltiple. Siguió escribiendo poemas, recitando versos, fundando nuevas revistas y periódicos, como Perú popular, editando libros, como los cinco tomos de las obras de Vallejo, y militando activamente al lado de la clase obrera

El poeta que, al dar a conocer sus primeros versos, había recibido premios y gozado del homenaje y de la admiración de críticos y escritores, como Luis Alberto Sánchez, Xavier Abril y Tamayo Vargas, por esta época, era ya mirado de soslayo, con indiferencia o temor. Su nombre era tabú - y lo es hoy - para los grandes diarios y revistas de la derecha, aunque tuviera

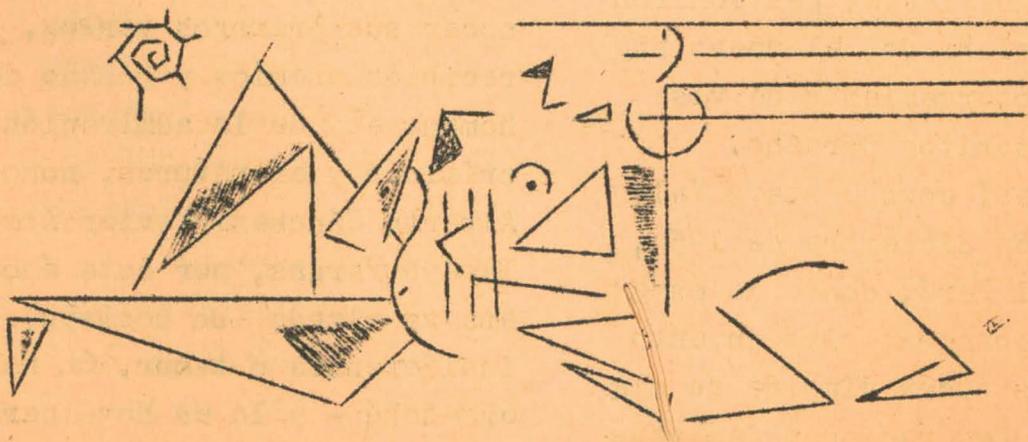
amplias y familiares resonancias para el pueblo.

Fue en estos momentos en que se formó un Comité editor, presidido por los poetas Gonzalo Rose y Francisco Bendezú, a fin de publicar en cinco volúmenes - poesía, novela, teatro y ensayo - las obras escogidas de Valcárcel. Admirable y ejemplar gesto de confraternidad entre escritores. Esa edición que, para cualquier otro autor, hubiera constituido una especie de certificado de jubilación, para Gustavo Valcárcel no fue más que un incentivo de nuevas creaciones. En efecto, de 1960 a la fecha, ha escrito y publicado nuevos y enjundiosos libros, como

Pido la palabra (1965), en poesía, Reportaje al futuro (1963), en crónica, y Perú mural de un pueblo (1965), en el ensayo de interpretación histórica.

Todas estas obras nos muestran, pues, a un trabajador riguroso, metódico e infatigable. A diferencia de otros poetas que se dejan ganar fácilmente por la bohemia, a diferencia de otros políticos que agotan todas sus energías en tertulias o en discursos de mítines, Valcárcel sabe sustraer tiempo y fuerza a sus múltiples tareas, para forjar obras permanentes y memorables.

Testigos somos de la dura y difícil existencia del poeta,



quien, para sostener a su familia, debe salir a diario a las calles, junto con su esposa, a vender personalmente sus libros o los libros de otros autores cuya edición o venta le encomiendan. Valioso ejemplo, repetimos, para las juventudes ansiosas de transformar el mundo, porque con mucha frecuencia, suelen consumirse en ligeros y apresurados discursos o en una agitación inconsistente.

Hemos escrito algunas páginas sobre la poesía de Valcárcel, en diversos lugares y fechas. En esta oportunidad, nos habría gustado hacer un análisis de toda su poesía; pero, creemos, que será preferible escuchar al poeta y dejar ese análisis para otro momento. Nos habría gustado hablar, igualmente, de su novela La prisión, de su pieza de teatro, El amanecer latente o de su último libro Perú mural de un pueblo, interpretación marxista del Perú prehispánico, algunos de cuyos temas serán motivos del ciclo de conferencias que sustentará nuestro invitado los próximos días. Tampoco podremos referirnos a los

particulares puntos de vista del escritor sobre política contemporánea. Dejamos todo esto para mejor ocasión.

Permítasenos, solamente, esbozar algunos rasgos de su evolución poética.

Valcárcel empezó escribiendo poesías estetizantes y puristas, como era moda hacerlo en el Perú, en los años de 1945 a 1950, período éste en que los escritores seguían los viejos modelos de poesía gongorina o imitaban los versos herméticos de Valery, Rilke y Jorge Guillén. Expresión de esa época es Confín del tiempo y de la rosa, colección de sonetos de corte clásico, cuyos elementos metafísicos hacen perfecto juego con el epígrafe de Valery -"entre el vacío y el suceso puro, /espero un eco de grandeza íntima" -, bajo el cual se presenta.

En Poemas del destierro, escrito en México, el poeta abandona el lenguaje y el estilo barrocos, para darnos una nueva poesía, donde el peso de la realidad y la influencia de los escritores sociales se hacen evidentes. En estos poemas, vemos alternarse el dolor y la alegría, la esperanza y la desesperación, la amargura y la felicidad, lo

claro y lo oscuro, el tierno lirismo y el simple prosaísmo. Junto a poemas compuestos con un fin práctico y circunstancial, como algunos de los versos de Maiakovsky, Neruda, Guillén o Alberti, podemos espigar hermosas y perdurables composiciones.

Este ha de ser un rasgo constante en el poeta. Por ello, a propósito de otro libro posterior, hemos dicho: "Como Vallejo en sus horas más negras, Valcárcel dominado por un dolor hondo y poderoso, grita y clama con palabras feroces y sangrientas", pero no acepta quedarse en el narcisista clamor, como Carlos Germán Belli, poeta ultimamente en boga.

Fiel pues a su divisa ("hablar de pie acerca del mañana/ aun cuando la vida nos ponga hoy de cabeza"), Valcárcel no pierde la perspectiva de la historia, aun en medio de los más atroces desgarramientos.

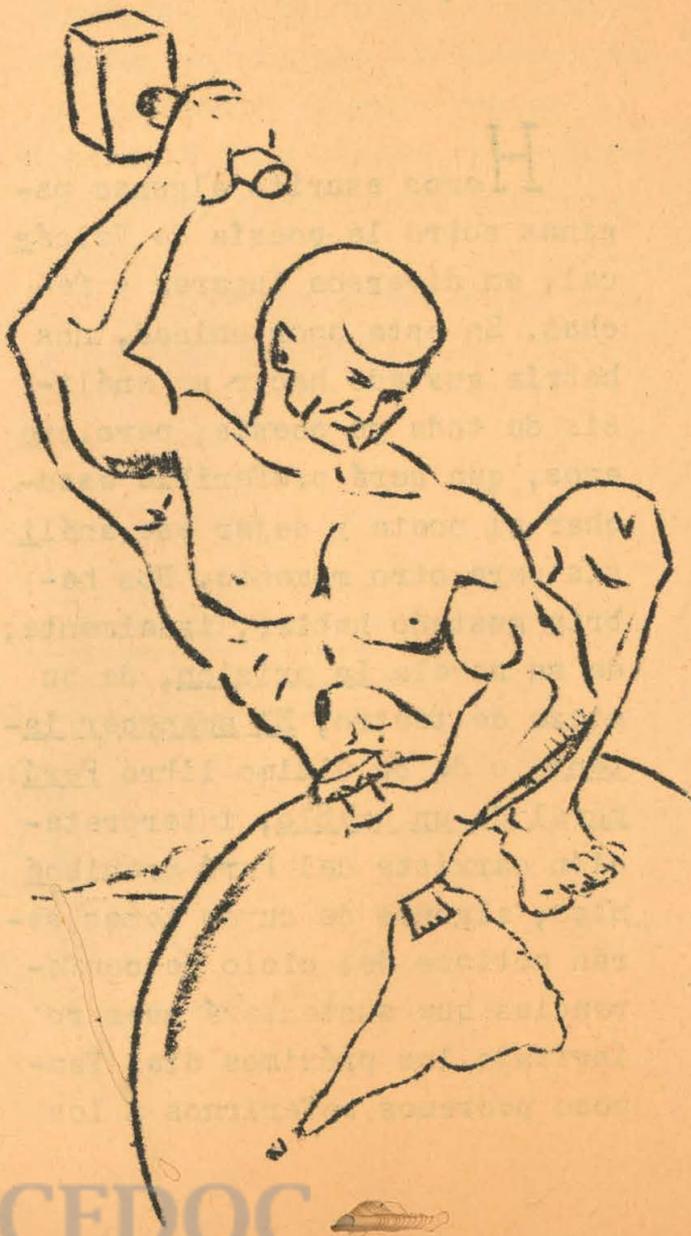
Una de las expresiones más logradas de esta época, son Los cantos del amor terrestre, dulce y sereno oasis, por el cual hemos sentido alguna vez especial preferencia, donde Valcárcel nos da una visión luminosamente nueva del amor.

Finalmente, en su último libro Pido la palabra, la poesía

social de Valcárcel alcanza nuevos acentos y un renovado vigor, como pocas veces se ha logrado hasta ahora en el Perú, después de Vallejo.

Aprécienlo ustedes, escuchándolo en su propia voz.

(Presentación de Gustavo Valcárcel, en el recital de poesía efectuado, en el Paraninfo de la Universidad el 24 de octubre de 1966.)



VALCARCEL

EN UN

POEMA

EPISTOLA A MIS HIJOS

I

Mi padre había muerto y éramos pobrísimos
Igual a un pájaro enjaulado al que todos martirizan
tal agonice los años de mi infancia,
preso en una escuela de curas innombrables.

La juventud, sol de la sangre,
en que todo el mundo danza entre una flor y otra flor,
yo la pasé del celda en celda, entre las sombras
de nuestras horribonas cárceles comunes
o prófugo de un odio tinto en sangre.

De lo después, ni hablar: largos años
de destierro y la penuria, sin pudor,
instalada a sus anchas en la casa.

Así es el Perú, el muy amado,
rosa de historia, espina de opresores,
patíbulo de justos, pedestal del tiempo,
paisaje sobre el mundo, pueblo de oro,
principio de amor, final de amor
y amor en los poquísimos peldaños que me faltan.

En esta patria honda descubrí a vuestra madre
con su rostro de música y orquídea.
Siglos de sangre nuestra nacieron del Perú,
bajaron como ríos de un valle a otro valle,
de bisabuelos a abuelos espumantes,
por todo el territorio ancestral de nuestras venas.

El seno de esta tierra me aguarda largamente.
Perú, patria insondable, me atrevo a tu esperanza.

II

Anduve tan enfermo en estos tiempos
que llegué a oír el final de mi materia.
Por eso os escribo hoy dulcemente
las letras mal copiadas a la fiebre.
A todos os escribo con premura
porque de tanto asomar al tragaluz del mundo
me puedo quedar fuera cualquier noche.
Hablemos, pues, un poco de la vida
antes que falte.

Amad al mar con sus bravatas
y al aire que ocupó la flor decapitada,
pero primero al hombre totalmente.

Amad al Ande a tomo y lomo
y a sus nieves perpetuas, cara al cielo,
pero primero al hombre totalmente.

Amad al pajarito que empuja el alba a trinos,
al perro abstracto y al crepúsculo concreto,
pero primero al hombre totalmente.

Igual con los demás:
amad los cuadros donde aparezca el hombre
y odiad aquéllos que los desterraron.

Puestos de pie, sin telarañas,
amad a vuestra madre intensamente,
como a una antigua camarada
que siempre tendrá para vosotros
las alas desplegadas de su ser.

Buscad al pueblo, bebed a fondo sus esencias
hasta crecer dando gritos invencibles.
Todo parte de él, fuente del mundo;
todo llega a él, océano de vida.



III

No se cómo empezar a escribir sobre el Partido...
Me ha dado los mejores momentos de mi vida,
al igual que el Perú, vosotros y Violeta.
El me trajo de veras a la vida
y a su sombra he aprendido a madurar.

Lo he visto prisionero en Salvador y Guatemala,
vilmente herido en México,
golpeado en Chile y Panamá.
Me dio sus brazos desde Shangai y hasta Berlín,
lloré de amor sobre sus hombros en Moscú,
lo amé triunfante en el campo socialista,
radiante en la isla encantada de Fidel,
dinámico en Italia, pleno de ardor en Francia
y creciendo a puño firme en el Perú.

El Partido Comunista donde he ido
fue el hermano entrañable que he encontrado.
Nada hay más grande que él sobre la tierra
y hasta me parece honradamente
que me lleva de la mano cuando escribo
alguna línea buena de verdad.

Probad su amor por el Perú y el mundo,
por la pobreza de todos los colores
por la limpieza de todas vuestras mesas.

El Partido le ha creado labios a la dicha,
conciencia al ser y ciencia a nuestro tiempo,
cuerpo a la paz y forma a la alegría.
El Comunismo le ha dado espíritu a la tierra.

Aun cuando prosiga la penuria en su desván,
luchad por él de cuerpo entero;
aun cuando venga el tiempo más difícil,
luchad por él de cuerpo entero;
aun cuando nos lleven de nuevo hasta el presidio,
luchad por él de cuerpo entero;
aun cuando nos cuelguen, triturén y nos maten,
luchad por él de cuerpo entero;
porque vosotros, sí, veréis al Comunismo
triunfar en los cielos y la tierra.

IV

Hijos crecientes, camaradas,
amad al Perú hasta la entraña,
reclinad vuestras frentes en el Cusco,
oíd el canto de los siglos enterrados,
besad al quechua en sus aristas
y al aymara en su invisible llanto.

Subid a Machupicchu con toda vuestra sangre
y cuando estéis arriba, anonadados,
i piséis sólo tiempo, aire enrarecido,
pensad un poco en mí (que lo amé tanto)
y mucho en las manos ignoradas
que dejaron rocío de sangre entre sus piedras.

Saludad en nombre de mis huesos
a Ayacucho, en su nido de tiempo acumulado;
a mi Piura materna, con su pendón de fuego;
a las cornisas verdes, amadas, del Mantaro;
a Puno, en cuyo lago se desnudó la historia;
a los mineros de Pasco, que viven de su hombría;
al torso de Iquitos, con abrazos
a Trujillo, invencible hasta en la muerte;
a Ica toda, engarzada entre mis venas;
a Chiclayo, diáfana de vida;
a Tacna y Tumbes, donde la patria empieza
a Cajamarca y la esmeralda en sus campos contenida;
al amor torrencial del Apurímac;
al Cusco, con sus mil años puestos ya de pie;
al Callao de mis veranos niños;
a Lima de mi agonía adulta
y a Arequipa inmortal en que nací.

Amad el ayer, pero a partir de hoy;
viajad de norte a sur con todos vuestros poros;
marchad de este a oeste con todas vuestras células.

No descuidéis un punto vuestra patria.
Tened el alma grande para que os quepa entera.

V

Estábamos quedando en que hablaríamos de vida
pero, si alguna vez ella me falta:
ni un sollozo, ni un luto, ni un adiós.

Como hay algo de mí en vuestros ojos,
con ellos he de ver el mundo nuevo,
la paz florida, la rebelión en frutos.
Viajaré con ustedes a los sitios amados
hecho carne de tiempo
metáfora de aire
mirada hereditaria
puro hueso de sombras,
verso que cesó.

La luz sea con vosotros, hijos míos,
la paz sea conmigo, camaradas.

Me voy a recostar sobre la tierra.

CANJEAMOS REVISTAS

Nuestra Dirección:

1-Universidad Nacional San Cristóbal
de Huamanga - Ayacucho.

2-Jirón Arequipa # 118 - Ayacucho.

PRECIO 5.00